

lentes para disputarlo; y los que no consiguen ganar el premio, no por eso son después menos buenos y fuertes... Por eso os decía, amigo mío, que nuestra quinta no era como las demás, y que nuestro amo no se parecía á los otros.

— ¡Ya lo veo! — exclamó el Maestro de Escuela — y cuanto mayores me parecen su bondad y su generosidad, tanto más espero que se compadecerá de mi triste suerte. Un hombre que hace el bien con tanta nobleza, no debe reparar en un beneficio más ó menos. Decidme por de pronto su nombre y el de *Nuestra Señora del Socorro* — añadió con viva ansiedad el Maestro de Escuela — para bendecirlos á los dos, porque estoy seguro de que he de inspirarles lástima.

— Acaso esperáis oír dos nombres campanudos, y en tal caso os engañáis, porque sus nombres son tan sencillos como los de los santos. *Nuestra Señora del Socorro* se llama la señora Adela Georges... y nuestro amo se llama el señor Rodolfo.

— ¡Mi mujer!!!... ¡mi verdugo!!!... — murmuró confusamente el bandido, aterrado como si un rayo hubiera caído sobre su frente.

VII

LA NOCHE

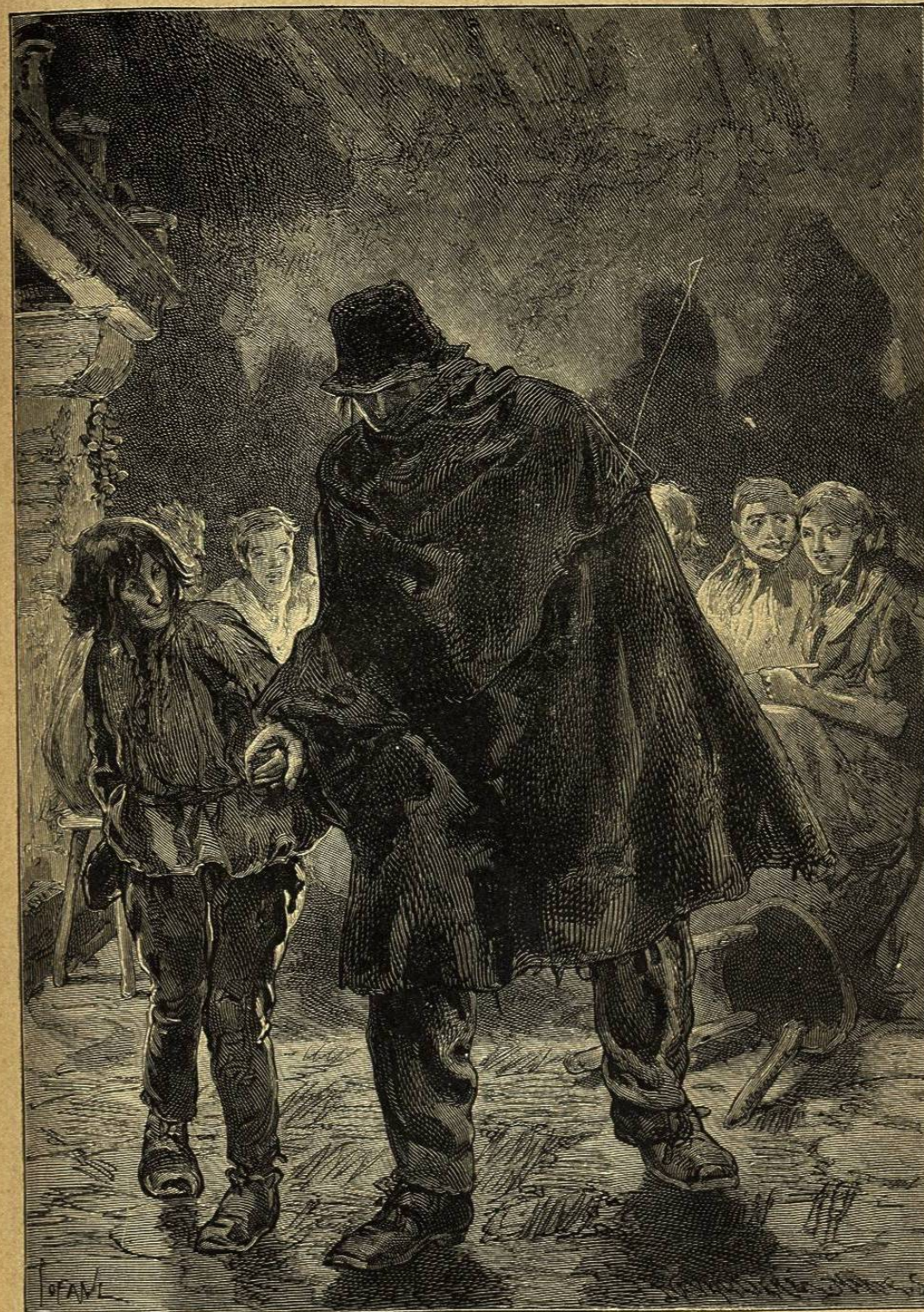
Persuadióse el Maestro de Escuela de que la identidad de los nombres de Rodolfo y de la señora Adela no podía provenir de una coincidencia. Rodolfo, antes de condenarlo al terrible suplicio, le había manifestado el vivo interés que sentía por madama Georges; y finalmente, las recientes visitas del negro David á la quinta lo afirmaban más y más en su persuasión. Este encuentro, en el cual creyó reconocer la mano de la Providencia, destruyó completamente la esperanza que había fundado en la generosidad del amo de la quinta. Su primer impulso fué salir de aquella casa, porque Rodolfo, que acaso podría hallarse en ella en aquel momento, le inspiraba un invencible terror... Apenas repuesto levantándose de la mesa y tomando la mano del Cojuelo exclamó aterrado y fuera de sí:

— ¡Vámonos... vamos!...

Los labradores se miraron asombrados unos á otros.

— ¡Cómo! ¿queréis marcharos á estas horas? ¿Habéis perdido el juicio, buen amigo? — dijo el tío Chatelán.

El Cojuelo se aprovechó con destreza de esta indicación, dió un suspiro, hizo con la cabeza una seña afirmativa, y llevando el índice á la frente dió á entender á los labradores de la quinta que no estaba sana la razón de su fingido



¡Vámonos... vamos!

padre. El tío Chatelán le correspondió con otra seña de inteligencia y de compasión.

— ¡Vámonos... vamos... salgamos de aquí! repitió el Maestro de Escuela tirando de la mano al muchácho. Pero el Cojuelo, firmemente decidido á no dejar la buena cama de la quinta ni á exponerse otra vez al frío de la noche, dijo al bandido con voz dolorida :

— ¿Qué vas á hacer, padrecito? ¡Dios mío, te vuelve á dar el mal de cabeza, eh! sosiégate y no pienses en salir con esta noche tan mala. Mira, papá, más quiero desobedecerte que sacarte de aquí á esta hora de la noche. Y dirigiéndose luego á los labradores continuó : — ¿No es verdad, señoritos, que me ayudaréis á no dejar salir de aquí á mi pobre papá?

— Sí, sí, hijo mío, no tengas cuidado que no se abrirá la puerta — repuso el tío Chatelán — y tendrá que dormir en la quinta esta noche.

— Nadie me obligará á quedarme si no quiero — gritó el Maestro de Escuela : y además, mi permanencia incomodará á vuestro amo... á ese... señor Rodolfo... porque ya me habéis dicho que esta quinta no es ningún hospicio. Por lo mismo os vuelvo á decir que me dejéis. Yo quiero seguir mi camino.

— Mal conocéis á nuestro buen amo, amigo mío. Por desgracia no está en la quinta ni viene á verla con la frecuencia que todos deseamos. Pero aún cuando estuviese aquí, no lo incomodaríais, estoy seguro de ello.

— ¡No importa! — dijo el bandido más y más aterrado — he cambiado de propósito... mi hijo tiene razón; mi prima de Louvres tendrá compasión de mí... y quiero ir á verla ahora mismo.

— Lo que puedo deciros — dijo con buen humor el tío Chatelán creyendo que el ciego estaba realmente loco — es que no contéis con marcharos esta noche ni con llevar á vuestro niño por esos mundos de Dios, todo está dispuesto para impedirlo y os quedaréis aquí.

No se mitigó el terror del bandido con saber que Rodolfo no estaba en Bouqueval, pues aunque estaba horriblemente desfigurado, temía ser reconocido por su mujer, que podía bajar á la cocina de un momento á otro. Creía que en tal caso lo denunciaría y lo haría prender, porque estaba persuadido de que Rodolfo, al imponerle un terrible castigo, había tenido por principal objeto satisfacer el odio y la venganza de la señora Adela Georges. Mas como no podía salir de la quinta y se hallaba á la merced del Cojuelo, resignóse por último á pasar en ella la noche, y á fin de evitar el que lo conociese su mujer, dijo al labrador :

— Ya que me aseguráis que no incomodaré á vuestro amo ni á vuestra señora, acepto la hospitalidad que me ofrecéis; pero estoy muy cansado y quisiera recogerme si me lo permitís... mañana al ser de día me marcharé.

— ¡Oh! eso sí; mañana á la hora que queráis, porque en esta casa todos son madrugadores: y para que no volváis á perderos, haremos que alguien os vaya á enseñar el camino.

— Yo llevaré el pobre ciego hasta el fin del camino nuevo — dijo Juanillo — porque la señora Adela me dijo que fuese mañana con el carro á Villiers-le-Bel para traer unos talegos de dinero de casa del notario.

— Llevarás en el carro al pobre ciego, pero tú irás á pie — dijo el tío Chatelán. — La señora ha mudado de parecer y cree con razón que no tiene cuenta traer á la casa tanto dinero por ahora; el lunes que viene se irá á Villiers-le-Bel para recogerlo, y hasta entonces estará tan bien el dinero en casa del notario como aquí.

— La señora sabe mejor que yo lo que se debe hacer; ¿pero qué inconveniente hay para que venga el dinero, tío Chatelán?

— Ninguno, muchacho, ¡gracias al Señor! pero lo cierto es que mejor quisiera tener en la quinta quinientos sacos de trigo que diez talegos de escudos.

— Vamos — dijo el tío Chatelán al Maestro de Escuela — venid, amigo; y tú también, hijo mío — añadió tomando una luz. Y saliendo de la cocina delante de los dos huéspedes, los condujo hasta un cuarto pequeño del piso bajo por un ancho corredor, al cual abrían paso las puertas de varios aposentos. Puso el labrador la luz sobre una mesa y dijo al Maestro de Escuela:

— Ahí tenéis la cama; Dios os de buena noche y os cubra con su gracia. Tú, hijo mío, dormirás como un patriarca, porque á tu edad no quitan el sueño los pesares.

— Sentóse el bandido triste y pensativo en la orilla de la cama, á donde le llevó por la mano el Cojuelo. Éste hizo una seña al labrador en el momento de salir del cuarto, y salió á alcanzarlo en el corredor.

— ¿Qué quieres, hijo mío? — le preguntó el tío Chatelán.

— ¡Ah, mi querido señor! ¡si vierais qué trabajos paso con mi padre! Algunas veces le dan unos ataques y unas convulsiones de noche, que yo no puedo socorrerlo solo: ¿me oirá la gente de casa si tengo que pedir socorro?

— ¡Pobre criatura! — dijo enternecido el labrador — no tengas cuidado, no, que te oirán si llamas... ¿Ves aquella puerta que está al lado de la escalera?

— Sí, señorito, la veo.

— Pues allí duerme uno de los criados: si hay que socorrer á tu padre no tienes más que llegarte á su cuarto y despertarlo, porque la llave está siempre en la puerta.

— Está bien, pero si las convulsiones son fuertes como de costumbre, no bastaremos el mozo y yo... ¿No podríais venir también, ya que sois tan bueno que paracéis un santo?

— Yo duermo, hijo mío, en los últimos cuartos del zaguán con los demás labradores; pero no tengas cuidado que Juanillo es tan forzudo que puede sujetar á un toro por los cuernos. Además, si hubiese necesidad de más ayuda, Juanillo avisará á la cocinera vieja, que duerme al lado del cuarto de la señora y de la señorita... y en caso de necesidad sirve de enfermera.

— Gracias, gracias, señorito; voy á pedir á Dios que os dé buena salud y buenas noches y que os recompense la caridad que tenéis con mi querido padrecito.

— Vaya, buenas noches, hijo mío; espero que no habrá necesidad de socorrer á tu padre. Vuélvete al cuarto, que acaso te está esperando.

— Buenas noches, señorito.

— Dios te dé su gracia, hijo mío.

Y el anciano desapareció.

Apenas había vuelto las espaldas, cuando el Cojuelo le hizo una mueca y un ademán de desprecio insultante, familiar á todos los *pilluelos* de París. Este ademán consiste en dar varios golpes en la nuca con la palma de la mano izquierda, y tender varias veces hacia adelante el brazo y la mano derecha abierta. Este peligroso niño acababa de descubrir con diabólica astucia algunas de las señas que deseaba obtener para que la Lechuza y el Maestro de Escuela llevasen á cabo su siniestro proyecto. Sabía que la parte del edificio en que iba á dormir sólo estaba habitado por la señora Adela, Flor de María, una cocinera vieja y un criado de la quinta. Cuando el Cojuelo volvió á entrar en el cuarto del Maestro de Escuela, se guardó bien de acercarse á él. Este último le dijo en voz baja:

— ¿De dónde vienes, bribón?

— ¡Qué curioso eres, viejo chocho!

— ¡Ahora vas á pagar lo que me hiciste sufrir esta noche, hijo del demonio, — dijo el Maestro de Escuela que levantándose con furor y acercándose á la pared, buscó á tientas al Cojuelo. — ¡Te voy á matar, aborto del infierno!

— ¡Ay, ay, ay, qué gusto, papá! andamos á la gallina ciega ¡eh! Á ver si me coges — dijo el Cojuelo huyendo con la mayor facilidad de la persecución del bandido. Éste, dominado al principio por un movimiento irreflexivo de cólera, tuvo que renunciar muy pronto á la captura del hijo de Brazo Rojo.

Obligado á sufrir el escarnio de un chiquillo hasta que pudiese vengarse sin peligro, devoró su impotente furor, y se arrojó sobre la cama profiriendo horrendas blasfemias.

— ¡Ay, pobre papaíta!... tienes dolor de muelas, ¡eh! ¿te da la rabia, ó qué, para jurar como un desesperado? ¿Qué diría el cura si te oyera?... ¡buena penitencia te daría!...

— ¡Bueno, bueno! — dijo el bandido con voz ronca y sofocada después de

de un largo silencio; — búrlate como quieras de mi desgracia, que ya llegará la tuya, bribón... ¡ eso es muy noble!... ¡ muy generoso!

— ¡ Noble! ¡ generoso!... lo dijo mi papá — exclamó el Cojuelo soltando la



Á ver si me coges.

risa; — por eso te ponías guantes, para no lastimar á la gente que santiguabas con esas manos cuando tenías ojos.

— Pero si á ti no te he hecho daño, ¿por qué me atormentas?

— En primer lugar porque habéis tratado mal á la Lechuza... y en segundo porque el tío pendejo nos fastidió haciéndose el mandria con los aldeanos, que no parecía sino que estaba á los últimos y que iba á tomar leche de burra.

— ¡ Anda, bribón! si fuese posible quedarme en esta casa, ¡ que mal rayo la queme ahora! tú me lo hubieras impedido con tu maldita insolencia.

— ¿ Quedaros aquí? ¡ Eso no es posible! ¿ Y con quién se divertiría entonces la tía Lechuza? ¿ Acaso conmigo? ya me dió mi ración el brujo de Bradamanti.

— ¡ Aborto del infierno!

— Mejor para mí: yo pienso, como mi tía la Lechuza, que no hay cosa en el mundo más divertida que hacer rabiar y hacer enseñar los dientes á un bicho tan fuerte como vos, que sois más fuerte que Sansón... y á la verdad vale más que seas así para nuestro recreo que como el pobre hombre que es mi padre... Pero esta noche sí que pasé buen rato á la mesa... ¡ Caramba! ¡ me daba más alegría que cuando oía gritar á los que el señor Bradamanti arrancaba las muelas! Á cada puntapié que os largaba por lo bajo, os poníais tan rabioso que vuestros ojos blancos se ribeteaban de encarnado, y sólo faltaba una pintita azul en el medio para ser iguales á la escarapela tricolor de los gendarmes...

— ¡ Qué muchacho tan divertido!... no lo extraño, porque es propio de la edad — dijo el Maestro de Escuela con tono afectuoso, queriendo aplacar al diabólico Cojuelo; — pero en lugar de andar tonteando bien pudieras acordarte de lo que te dijo la Lechuza, ya que la quieres tanto, y podrías echar por ahí un vistazo y sacar los moldes de las cerraduras: ¿ entiendes? Esa gente habló de algún dinero que ha de venir el lunes... y como se trata de volver aquí con los compañeros, es preciso no perder el tiempo... Sin duda estaba lelo cuando se me antojaba quedarme en la quinta... al cabo de ocho días me aburriría entre estos payos... ¿ no te parece, Cojuelo? — dijo el bandido con ánimo de halagar al muchacho.

— ¡ Verdad que sí! para mí hubiera sido un pesar — contestó el hijo de Brazo Rojo.

— El negocio que podemos hacer aquí es de mucha importancia... ¡ Pero aun cuando no hubiese nada que robar, yo volvería solo con la Lechuza para vengarme! — dijo el bandido con la voz alterada por el odio y el furor; — porque mi mujer es sin duda quien ha irritado contra mí á ese endemoniado de Rodolfo, que me privó de la vista y me dejó á la merced de todo el mundo... de la Lechuza, y de un bribón como tú... Ya que no puedo vengarme de él, yo me vengaré en mi mujer... sí, me vengaré aunque tenga que incendiar la casa y perecer entre sus ruinas. ¡ Oh! sí, ¡ yo me vengaré!...

— ¡ Quién te dijera que ibas á estar junto á tu mujer, viejo chocho! si supieras que sólo está á dos pasos de aquí, como habías de alegrarte! Pues mira, yo sé donde está su cuarto... yo... y puedo llevarte hasta la misma puerta...